

LLEVAR A UN NIÑO EN LOS BRAZOS

Notas de lectura de La carta cerrada

1. Uno de los temas de esta novela es la muerte de los niños. Puede que sea el hecho más atroz al que tienen que enfrentarse hombres y mujeres en este mundo. Los niños representan la vida que empieza, la belleza inexplicable. Y su muerte, siempre inesperada, hace del mundo una mansión tenebrosa. Son los mensajeros de la vida, nos ofrecen la inocencia y el olvido que necesitamos para continuar, ¿cómo hacerles daño como sucede en las guerras?, ¿cómo aceptar su muerte cuando un accidente o la enfermedad los arranca de nuestro lado? El personaje femenino de mi novela se tiene que enfrentar a un hecho así. Pierde a su hijo y se niega a aceptar su muerte. Sigue el rastro de ese polvo enamorado del que habló Quevedo, ya que el amor no distingue entre la vida y la muerte.

2. *La carta cerrada* habla del dolor. Pero el dolor en sus páginas no es solamente un lugar de desolación, sino de encuentro y memoria. Un lugar de adoración, puesto que en él se guarda la memoria de lo que perdimos. Y la madre de mi novela quiere aprender a amar el dolor, a no darle la espalda. León Bloy dijo una frase que pensé utilizar como cita inicial del libro: "El corazón tiene zonas que todavía no existen y para que lo hagan, entra en ellas el dolor". Y el dolor de mi protagonista abre zonas así en su propio corazón. Zonas que debe explorar para encontrarse con lo que ama y, a través de ella, consigo misma.

3. Sólo me interesan los personajes capaces de adorar algo, de hacerlo hasta el final, sin pensar en las consecuencias ni en los peligros que corren. Por eso me interesan los personajes de las fábulas, ya que el mundo del mito y de las leyendas siempre se construye sobre personajes así. Personajes que no cejan, que persiguen tesoros, objetos mágicos, que piensan ingenuamente que los secretos que guardan ríos, cuevas y bosques les están destinados. En un relato de Tolstoi un obispo ortodoxo va a inspeccionar unos conventos que están a lo largo de la costa ártica. En uno de ellos, encuentra a unos monjes tan ignorantes que no saben ni el *Pater*. Se queda con ellos unos días y, pacientemente, se lo enseña. Vuelve a su barca, pero a algunas leguas de la costa ¿qué ve? A tres de los monjes corriendo sobre las aguas. Discúlpennos, le dicen apurados, pero ya hemos olvidado la plegaria que nos enseñó. Saben lo suficiente tal como son, respondió el obispo sin dudar. Me gustaría escribir la novela de esos monjes ignorantes, de todos aquellos que están en el lugar del milagro sin darse cuenta.

4. El mundo como materia encantada, así me gustaría que apareciera ante los ojos del lector. Los animales, las plantas, los ríos y las eras, deben vibrar ante sus ojos, ofrecerle el misterio de su luz. También la locura de sus personajes. Surge del mismo afán de alcanzar lo fabuloso, es decir un lugar lleno a la vez de oscuridad y luz, de dolor y de dicha, un lugar tan temido como deseado ¿Y para qué querríamos ir a un lugar así sino para volver a hacer las preguntas que importan? Por qué nacen los niños, por qué existe el dolor, por qué nos hacemos daño al amarnos, por qué tenemos que morir. Y si acaso la muerte es el final de todo. El intento de descifrar lo indescifrable eso es el mundo de la fábula.

5. Siempre he admirado la naturalidad con que los escritores judíos utilizan las imágenes y las historias de su religión, como si no concibieran lo real separado de ese mundo de fábulas y mitos. Es extraño que nosotros no sepamos hacerlo. Yo he querido que ese mundo esté presente en *La carta cerrada*, como lo está en las vidas de sus personajes. La protagonista de mi novela es creyente, y las palabras e historias del catolicismo la consuelan y ayudan a vivir. Pero su Dios es ese Dios que se esconde, del que nadie puede apropiarse, que vive en lo más pequeño y frágil, no en las palabras de los que gritan más. Ese Dios "que es como un trozo de vela que llevamos en las manos y que parece siempre a punto de apagarse". Pero del que no puede prescindir, ¿pues en un mundo sin milagros cómo se puede vivir? ¿cómo nos enfrentaríamos a la muerte de los que amamos? Un mundo sin resurrección, dice uno de sus personajes, es un mundo de fantasmas. Esa reivindicación del milagro acerca mi novela al mundo de los cuentos maravillosos.

6. Mi novela habla del desorden del mundo pero también de la extraña luz que tantas veces descubrimos en él. Habla de esa relación con los niños. Una relación tan física, pues necesita caricias y besos, pero también llena de palabras e invenciones. La literatura no es nada sin esa presencia de la noche, de las visitas de los adultos al cuarto de los niños, de esos besos últimos con que se despiden de ellos. Es un procedimiento retardatorio. Cuando un niño le pide a un adulto un cuento en realidad le está diciendo que no se vaya de su lado. ¿Por qué las novelas no pueden hablar de esto? No hay nada más literario que la ternura, aunque los escritores raras veces se atrevan a hablar de ella. Paúl Valéry dijo que la ternura conservaba la memoria de las atenciones extraordinarias que recibimos a causa de nuestra debilidad.

7. No se deben desmitificar los sentimientos. Su mundo es el mundo del

mito. Un mundo lleno de prodigios pero también de peligros, en el que nunca sabemos lo que nos aguarda. Ese es el problema del amor, que los amantes se creen sus propias locuras. El poeta israelí Yehuda Amichai, escribió que *donde tenemos razón no crecen las flores*. El problema de mi protagonista, como el de todos los amantes, es qué hacer con esas flores que encuentran, adónde llevarlas, cómo lograr que no se agosten.

8. Las ficciones sirven para unir realidades separadas. El mundo de los vivos y el de los muertos, el de los animales y los seres humanos, el de los niños y el de los adultos, el de los hombres y las mujeres. Al escribir *La carta cerrada*, he tratado de recuperar la memoria de esa unidad perdida. Por eso los muertos y los vivos están juntos, los animales se acercan a los hombres y los adultos tratan de seguir las huellas de los niños. Y las piedras se vuelven calientes en las manos de las mujeres como los labios de los seres que aman. Uno de los problemas de nuestro mundo es su autosuficiencia. Se valora el ser sobre el no ser, el poder sobre la vida, lo que se dice sobre lo no dicho. Ese vasto mundo de lo no dicho es el que explora la ficción. Revindicarla es revindicar ese mundo silenciado, lo que no es transparente, lo que se esconde en los pliegues de lo real.

9. *La carta cerrada* habla de una época concreta, la posguerra, y de lo que fue la vida de las mujeres en ese tiempo. Habla de Valladolid, mi ciudad, de las películas que se vieron ese tiempo, de los colegios, y de la castradora influencia de la religión sobre la vida de tantos seres. Pero no me interesa hacer una crónica, creo que para esa labor testimonial existen otros géneros más aptos. La ficción debe llevarnos a lugares de extrañeza y conocimiento. Su tarea no es decirnos cómo era un tiempo concreto, o cómo vivían en él las mujeres, los hombres y los niños, sino encarnar su misterio.

10. En un momento de la novela la madre le dije a su hijo que todo lo que hacemos se transformará en recuerdo alguna vez y que siempre había que actuar teniéndolo en cuenta. *Cómo nos gustaría recordarlo*, esa es la pregunta que nos debemos hacer antes de emprender algo. *La carta cerrada* es un novela sobre la muerte, la tragedia y el dolor, pero también sobre la belleza de la vida y sobre sus frutos más dulces e inesperados. Me gustaría que sus personajes pudieran quedar en la memoria del lector como esos retratos que hacían los pintores del renacimiento. Ellos trabajaban para que sus criaturas fueran recordadas más allá de la desolación y la tristeza del mundo. La misión del narrador, escribió Italo Calvino es "buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar y darle espacio".

11. "¡Nunca hubiera creído que llevar un niño en los brazos fuera algo tan hermoso!", anota en un instante de exaltación el protagonista de la novela de Turner *El rey de los alisos*. También mi novela gira sobre esta imagen de alguien llevando en sus brazos a un niño. Es el corazón del libro, y se resume en el cuento que su protagonista les cuenta a sus hijos: *El ogro sin memoria*. Se trata de un ogro que comete todo tipo de atropellos hasta que el encuentro con una niña, a la que ayuda a cruzar el río, cambia su vida. Años después, cuando una viajera le pregunta qué es lo más hermoso en el mundo, el ogro recuerda ese instante, y le contesta que lo más hermoso es llevar en los brazos al niño que amamos. El peso de ese niño se confunde con la dulce gravidez del sentido: es ese peso que se transforma en gracia.

12. Tal vez por eso, aunque hay muchos tipos de historias y, por tanto, de escritores, los que yo amo, siempre me hicieron pensar en los pintores de iconos medievales. Iban por los pueblos y pintaban pequeñas tablas donde aparecían ángeles, vírgenes y niños, grandes santos llenos de barbas, un mundo lleno de animales apacibles, de paisajes diminutos, siempre temblando sobre un fondo dorado. Debía de ser extraño encontrarse esas tablas, que parecían placas de oro, en aquel mundo de extrema necesidad. Unas tablas que nada o poco tenían que ver con la vida que los campesinos llevaban cada día, y que sin embargo estos contemplaban lleno de expectación y de maravilla. Me imagino asistiendo a esos instantes, el los de los campesinos o sus pobres mujeres contemplando casi a escondidas esos delicados paisajes, descubriendo lo más familiar en aquellas escenas tan ajenas. Por ejemplo, cómo el rostro de la virgen recordaba el de una lavandera de un pueblo cercano, el de un santo al del carpintero, los animales, árboles y pájaros, hasta el pequeño río, los montes que se dibujaban en el horizonte a cuantos animales, árboles, pájaros y montes tenían allí, sólo que formando parte de otra realidad. Una realidad distinta. ¿Era tan extraño o pensaban que el mundo era como le veían representado en esas tablas? “Claro, ha pintado nuestro pueblo, nos pinta a nosotros; es el único que sabe quienes somos de verdad”, debían de decir. No lo que somos ahora, sino lo que debimos ser. El narrador también pinta ese deber ser. Por eso *La carta cerrada* se abre con una cita de Silvina Ocampo que dice: “No lles al infierno los retratos del cielo”. Eso he querido, ofrecer una galería de retratos sobre un fondo de oro.